

AMELIA KAHANEY

LAS MEJORES MENTIROSAS



**Una morirá, otra mentirá
y la última cargará con la culpa de todo.**

**CROSS
BOOKS**

AMELIA KAHANEY

LAS MEJORES MENTIROSAS



CROSSBOOKS, 2024
crossbooks@planeta.es
www.planetadelibros.com
Editado por Editorial Planeta, S. A.

Título original: *All the Best Liars*
© del texto: 2022, Alloy Entertainment LLC y Amelia Kahaney
Publicado por acuerdo con Rights People, Londres



Producido por Alloy Entertainment, LLC
Traducción: Ariadna Molinari Tato
© 2023, Editorial Planeta Mexicana, S. A. de C. V.
Bajo el sello editorial CROSSBOOKS M. R.
© Editorial Planeta S. A., 2024
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona

Primera edición: enero de 2024
ISBN: 978-84-08-28046-0
Depósito legal: B. 20.935-2023
Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel **ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

1

Uno cree que sabe cuándo toca fondo, cuándo las cosas se vuelven tan complicadas y tristes que no hay manera de arreglarlas. Pero la verdad es que no se tiene ni idea de cómo puede empeorar todo.

Una vez pasé casi todo el camino dormida y aparecí un lunes por la mañana en el último asiento del tambaleante autobús amarillo del instituto. Con el sabor del vómito todavía en la lengua, recordé que mi vida se había caído a pedazos de una manera tan brutal que su forma ya no era discernible. Me había quedado sin amigas, abandonada, desprestigiada, humillada. Más sola de lo que había estado jamás.

Era el final del último año de instituto, y el curso ya estaba demasiado avanzado para suponer que lo que estaba roto podría arreglarse antes de que nos dispersáramos para siempre. Solo necesitaba sobrevivir a dos semanas más de clases. Pronto, muy pronto, el instituto y toda su gente serían un recuerdo que podría pasar el resto de mi vida intentando reprimir. Empezando por la noche anterior.

Mientras el autobús cobraba vida, destellos de la fiesta me pasaron por la mente, chispazos de vergüenza que mo-

rían tan pronto se encendían. Partes de la noche ya habían desaparecido, fragmentos que nunca recuperaría. Lo único que tenía eran unos cuantos momentos confusos que se deformaban al verlos a través de un cristal manchado: las pastillas que tomé, las copas que engullí, la furia que sentí al salir a tropezones de esa casa enorme. El dolor en la cara fruncida de Rain. Rain, la que siempre creyó en mi bondad, la que nunca conoció a la chica mezquina y amargada en la que me había convertido.

Pero ¿por qué estaba tan furiosa? ¿Qué había dicho que la hirió tanto? Solo recordaba fragmentos de nuestra pelea, la sensación de gritarnos la una a la otra en aquella enorme habitación oscura, y cómo todo fue a la vez catártico y terrible.

Cerré los ojos e intenté recordar, buscando a tientas los detalles de la pelea, pero, como sucede cuando uno no encuentra una palabra hasta horas después de haberla necesitado, estaban fuera de mi alcance. Mi memoria brincaba del escozor por el alcohol que sabía a gasolina de lo que sea que bebí en la abarrotada cocina de la fiesta, al ardor de la grava que me arañó la piel. Luego, el desierto helado que estuvo a punto de devorarme. Araña, mi hermano, maldiciendo en voz baja de camino a casa. La sangre que me resbalaba por los antebrazos y manchaba la tapicería del coche.

Era una narrativa casi coherente.

Casi, pero no del todo.

Mientras descendía la montaña a toda velocidad de camino al instituto, lo único de lo que podía estar segura era de que estaba sola y avergonzada, y de que era una desgraciada. Abandonada al final hasta por mi hermano, quien desapareció en la oscuridad de la noche. Esa mañana, antes de las seis, me arrastré hasta su habitación, abrí la puerta para de-

circle lo mal que me sentía, para chantajearlo y pedirle que me llevara al instituto... pero su cama estaba vacía y el coche no estaba.

Luego me fui agazapada en el asiento del autobús que siempre elegíamos Rain y yo, en el que nos habíamos sentado desde la primaria. Cuando eres la primera puedes escoger el lugar que quieras. Siempre éramos las primeras en subir y las últimas en bajar, porque éramos las que veníamos de más lejos. Termico era un punto tan insignificante en el mapa que ni siquiera tenía su propio instituto. Así que bajábamos la montaña hacia Palm Springs o Palm Desert, donde estaban los hoteles, las casas lujosas con sus piscinas, los centros comerciales, los cines y las escuelas.

Pasé mi índice sobre el grafiti que habíamos hecho con un bolígrafo en el asiento de enfrente algunos años antes. Corazones, lágrimas, nudos celtas, versiones estilizadas de nuestros nombres. «Syd & Rain x siempre», había escrito en sexto de primaria. ¿O fue en primero de secundaria? Vaya, en aquel entonces sentía que era una verdad absoluta.

¿Cómo dice el dicho? ¿«Si quieres hacer reír a Dios, cuéntale tus planes»? La señora Roberta detuvo el autobús en la siguiente parada, y la puerta se abrió con un siseo. Subió un grupo de chicos de primer y segundo curso, cuyos nombres no conocía, seguido de dos chicos de tercer curso, Kenny Álvarez y Grant Matthews, que vivían en un mundo de juegos de rol tan complejo y envolvente que era como si estuvieran en otro planeta.

Subí el volumen de los auriculares y miré por la ventana hacia las colinas bañadas por el sol que se extendían más allá de la carretera, su suavidad marronosa era como los lomos arqueados de gigantescos felinos dormidos. Skrillex me llenaba los oídos: canciones zombis, ansiosas y nada románticas. El sol caía con tanta fuerza a las 7:35 que la ventana cu-

bierta de manchas de dedos quemaba al tacto. La toqué de todas formas; quería sentir el dolor.

Dos semanas más de instituto y un verano de soledad antes de poder dejar atrás este lugar. En otoño iría a la Universidad de Miami, que a cualquiera le sonaría a playas y voleibol, pero en realidad era una universidad en Oxford, Ohio, donde vivía mi tía Debbie. De entre todas las universidades a las que mandé la solicitud, Miami era la que me ofrecía la mejor opción para financiarla. Mi madre sintió un gran alivio cuando acepté vivir en la habitación para alquilar de Debbie, después de que la universidad me ofreciera veinte horas de trabajo semanales, además de no cobrarme la matrícula.

—¡Tu futuro está decidido! —declaró.

Añoraba tanto unas vacaciones de aquello en lo que mi vida se había convertido que, para mí, ese Miami bien podría haber estado en Florida. Ohio parecía estar lo suficientemente lejos como para permitirme transformarme en una persona nueva. No más fantasmas de amigas pasadas. No más tardes sudorosas pegada a un chico que solo iba a decepcionarme. La habitación alquilada de Debbie tenía vistas a un deshuesadero y un supermercado, y, a lo lejos, a una franja plateada de río. Ahí estaría solo yo, con mis uñas mordidas y mis sueños solitarios.

Tal vez esa era la lección, que solo puedes sobrellevar la vida en soledad.

La noche anterior había demostrado que soy capaz de hacer daño a la gente que quiero. Me estremecí mientras buscaba todavía detalles que se negaban a aparecer. Lo que sea que hubiera dicho fue malo. Tan malo como para pasar toda la noche disculpándome y que Rain siguiera sin responder. Releí mis mensajes.

1:41 : Perdón. No lo dije en serio.

2:04 : Por favor contesta y dime que estás bien.

2:47 : Dime que me odias. Dime que no me vas a perdonar. Pero dime algo.

5:20 : ¿De verdad vas a dar por perdida esta amistad? ¿No tengo derecho a enfadarme, por lo menos una sola vez?

Yo siempre fui la honesta, la imperturbable, la que medía sus palabras con mucho cuidado, la que pensaba antes de hablar. O solía serlo. Ese año horrible me había cambiado tanto que había días en los que ni siquiera me reconocía a mí misma. Lo intenté otra vez:

Aquí sigo. ¿Hola?

Miré la pantalla en busca de los tres puntos que indicaran que Rain por lo menos recibía mis mensajes, aunque se negara a responder. No aparecieron.

Cuando el autobús se detuvo al fin en el aparcamiento del instituto Valley Sands, me obligué a levantarme sobre unas piernas temblorosas. No me tomé la molestia de asomarme por la ventana cuando aparcamos, así que, cuando arrastré los pies por la escalera y vi a cientos de personas amontonadas frente a la entrada del instituto, la imagen me dejó sin aliento. En el desierto, la gente no suele pasar tiem-

po afuera a partir de marzo o abril. Pero ese día, a pesar de que estábamos a treinta y cinco grados, casi todo el instituto estaba frente al edificio. Había un silencio extraño, todo el mundo miraba sus teléfonos y cuchicheaba en voz baja y sombría. Varios chicos lloraban.

El agrio nerviosismo burbujeó en mi estómago hasta convertirse en náusea.

Algo malo había ocurrido.

Volví a sacar el teléfono del bolsillo y me quedé mirando la pantalla en blanco. Un viejo reflejo que yo tenía de cuando no dejaba de vibrar con los cientos de mensajes de Rain que recibía al día. Nadie me había escrito para darme las noticias. Pero, siendo sincera, ¿quién lo iba a hacer?

Escuché la palabra «ella» y la palabra «incendio» una y otra vez mientras me abría paso entre el calor y los aromas de los cuerpos estudiantiles apiñados —los desodorantes frutales, las lociones baratas, el hedor del equipo deportivo, el maquillaje y los calcetines y el champú del pelo, y las bocanadas de vapor de nicotina aromatizado—, hasta que sentí como si lo tuviera en la boca, un sabor indeleble del que jamás me podría deshacer. Un dolor me atacó la garganta, echaba de menos a Rain. Aunque no me hablara, quería que estuviera ahí. Rain sabría qué hacer, cómo lidiar con las cosas. Siempre lo sabía.

Avancé a empujones hasta el centro del patio, donde la muchedumbre le había abierto un espacio a Charlotte Yu, una chica de tercer curso que estaba en mi clase de Español Avanzado y que lloraba frente al micrófono sostenido por una periodista de 4 Noticias. A un par de metros, un cámara las grababa a ambas.

—No puedo. Es horrible. No puedo creer lo horrible que es —balbuceaba Charlotte, una y otra vez, sin parar.

Me esforcé por escuchar y recordé el año anterior, cuan-

do a Jordy Stewart lo atropelló un camión de paquetería mientras andaba en su monopatín detrás del Rite Aid. Recórdé que aquello no tuvo sentido, que todos supimos que podría haber sido nuestro propio hermano, nuestra mejor amiga, nosotros mismos. Pudo haber sido cualquiera.

—Brie Walsh era la persona más buena del mundo —dijo Charlotte.

Dejé de respirar.

«¿Brie Walsh era?»

«¿Brie Walsh era?»

Seguramente había oído mal. El subconsciente me jugaba una mala pasada. Porque sí le había deseado cosas malas. Hacía apenas unas cuantas horas.

—Cuéntame más sobre Brianna Walsh —dijo la periodista—. ¿Cómo era?

Parpadeé con fuerza. Cuando volví a abrir los ojos, todo estaba teñido de un gris hospitalario, como si alguien hubiera cerrado una cortina en el cielo.

«Aterradora —era lo que Charlotte no diría—. Nos tenía agarrados del pescuezo y era despiadada.»

—Era guapa e inteligente y todos... o sea, todos la admirábamos. Era muy buena. O sea, muy buena persona. Era presidenta del consejo estudiantil, corría en el equipo de atletismo, tenía buenas notas...

Por lo general, ese tipo de alabanzas me hacían reír, pero esta vez sentí que el color me desaparecía del rostro. Brie me lo había quitado todo: a mi mejor amiga, a mi novio, la cordura, la alegría. Había pasado muy buena parte del año deseando que desapareciera de alguna forma. Pero jamás le desearía la muerte. ¿Sería capaz de hacerlo? ¿Lo hice?

«Se merecen el uno al otro.»

Sacudí la cabeza en un intento inútil por borrar el recuerdo. Lo último que le había dicho la noche anterior —lo últi-

mo que recordaba haber dicho— no podía ser lo último que le diría jamás. La vida no funcionaba así. En la vida real, Brie era la ganadora y yo la perdedora. Me lo había dejado muy claro. Y los ganadores nunca morían en circunstancias trágicas.

Aún frente a la cámara, Charlotte se había quebrado y se tapaba la cara con las manos.

—No puedo creer que esto esté pasando.

Giré formando un pequeño círculo, consciente de todos, de los cientos de estudiantes que estábamos parados en el hervidero del patio del instituto pensando únicamente en Brie Walsh. Parecía imposible que ella no fuera parte de esto. Siempre estaba en el centro de todo, a la cabeza de la maratón que era el bachillerato, una paradoja popular: fiel asistente a la iglesia y también bebía hasta perder la razón; virgen autoproclamada que, alrededor de los trece años, dejó de ser una varilla llena de inseguridades para convertirse en alguien a quien la gente idolatraba, temía o las dos cosas. Era un poderoso vórtice de ojos azules, músculos tonificados por el atletismo, una nube de fragancia de vainilla, deportivas Stan Smith blancas que combinaban con sus dientes blanqueados, una risa que te señalaba y se burlaba de ti por la razón que fuera, era una ametralladora y rezabas por que no pusiera su mira láser sobre ti... o al menos no por mucho tiempo.

Se habría muerto otra vez de haber sabido que se estaba perdiendo esto.

Desesperada por conseguir más información, retrocedí entre la multitud hasta que vi a Anya Patel sentada sola en un banco, con la mirada fija hacia el frente, los ojos perdidos y manchados con delineador seco, y sus dedos retorciendo el collar con una placa de identificación que usaba siempre. Aún tenía pegadas a las mejillas un par de lentejuelas de la

fiesta de la noche anterior, y su flequillo púrpura se encrespaba en todas direcciones. Se la veía tan devastada como yo me sentía.

—¿Qué pasa? —El plástico del asiento del banco me quemó los muslos cuando me senté a su lado—. ¿Qué le ha pasado a Brie?

Anya me miró como la gente mira a sus padres cuando acaban de decir algo completamente inapropiado. Llevaba el mismo tiempo que los demás siendo parte del círculo cercano de Brie, pero había empezado a ser más amable conmigo en el último par de meses que el resto de su grupo.

—¿No te has enterado? —Inhaló profundo, miró hacia el cielo y de vuelta hacia mí. Contuve la respiración, aterrada de saber lo que estaba por decirme—. Hubo un incendio en la casa de Brie anoche. Su padre estaba fuera de la ciudad, supongo. Pero... —Me miró a los ojos y me cogió de la mano. La sangre se me heló y de pronto supe que no soportaría que lo dijera. «Déjalo», quería decirle. «No me lo digas»—. Brie no consiguió salir.

Me miré la mano, sobre la de ella. Había comenzado a temblarme.

—¿Estás segura? —pregunté, aunque sabía que lo estaba. Tanta gente no puede llorar por un error.

Anya asintió.

—Es horrible. No... no me cabe en la cabeza que sea cierto.

Me acerqué para abrazarla y mascullé: «Lo siento mucho», y luego, sin pensarlo dos veces, me puse de pie y comencé a avanzar a empujones entre la gente.

Mientras pasaba en medio del gentío, la cabeza se me llenó de imágenes de Brie, la niña de vestidos almidonados y una maraña de pelo rubio casi blanco que caminaba con solemnidad hacia el coche de su padre, o que le trenzaba la crin a su poni de plástico con expresión seria. Sus ojos azu-

les siempre contenían una especie de vacío. Luego, la Brie grande, la ricachona insoportable con la casa elegante, el pelo con reflejos de color bronce, las blusas immaculadas, la Brie que bebía latas de vodka hasta que cobraba vida, cuando aquella mirada vacía se convertía en algo tan poderoso, magnético y cruel que podía arrollarte si no tenías cuidado... o podías perder a tu mejor amiga cuando te arrastraba la marea.

«Rain.» Las ideas me corrían desbocadas por la cabeza. Debía estar fuera de sí. Arquee el cuello y comencé a buscarla, pero me di cuenta de que no había forma de que estuviera ahí. Rain faltaba al instituto si tenía una uña enterrada. De ninguna manera iría al instituto y dejaría que la gente la viera llorar. No soportaría que hablaran a sus espaldas, no podría tolerar la lástima.

Volví a escribirle, esta vez de forma frenética. Las manos me temblaban tanto que estuve a punto de tirar el teléfono.

Me acabo de enterar. Lo siento mucho.
¿Estás con alguien? No deberías estar sola.

Hice una pausa y revisé si estaba leyendo mis mensajes, pero no vi señales de que así fuera. Escribí de nuevo:

Por favor, dime dónde estás. Yo voy
adonde sea.

Olvida lo de anoche. Nada de eso
importa ahora.

La primera campana de la mañana sonó con su habitual chirrido. Habría una reunión, como cuando murió Jordy. Te-

rapeutas especialistas en duelo, vestidas con faldas campesinas y enormes identificaciones, ostentando expresiones sombrías, paradas detrás de la directora Stokes mientras esta nos daba un discurso.

Me di la vuelta mientras las oleadas de cuerpos pasaban a mi lado y los estudiantes se filtraban hacia el edificio mucho más silenciosos que de costumbre. Unos cuantos chicos de tercero y cuarto, que también fueron conmigo a primaria, asentían al verme, al recordar, quizá, que alguna vez fui amiga cercana de Brie. Candice Lombardi, que había sido bastante simpática conmigo la noche anterior durante la fiesta de su hermanastro, se separó del grupo de chicas con el que caminaba y vino directa hacia mí con los ojos y la nariz enrojecidos. Me sonrió de una forma que me pareció compasiva, me tocó el hombro al pasar y se detuvo solo un instante para susurrarme al oído:

—¿Ya estás contenta?

Se le ensanchó la nariz, y la sonrisa se le retorció hasta convertirse en otra cosa, antes de acelerar el paso y dejarme atrás, cayéndome a pedazos allí mismo, frente al instituto. Sus palabras rebotaron en mi cabeza como una bola de *pinball*: «Ya estás contenta, ya estás contenta, ya estás contenta». Me abrí paso a empujones entre las hordas de alumnos para ir hacia las fauces del instituto, el edificio chato y *beige* que parecía un cuartel militar y no ofrecía refugio alguno. Me metí las manos en los bolsillos y las cerré con fuerza para que dejaran de temblarme. Un zumbido en mi cabeza se intensificaba cada vez más: como cigarras, como sopladoras de hojas, como taladros.

Me dejé caer en el pupitre de la primera clase justo cuando sonó la última campana. Sin necesidad de girarme supe que, tres filas más allá, el pupitre de Chase estaba vacío, otra herida llena de sal. Mientras la profesora Centowicz nos

daba un torpe discurso de consuelo, me hice polvo otra vez, nadie para nadie. Mantuve la mirada fija toda esa primera hora, intentando no pensar, deseando, como siempre, que las cosas fueran como solían ser.

Deseando, como siempre, que Rain estuviera conmigo.